

dichosa. Cristo es el único que enseña la alegría de sufrir, porque él es el único que derrama en el alma una vida divina que no sofoca ningún dolor, que la prueba fortifica y que desprecia la muerte, porque ella nos permite mirarle llenos de esperanza.

Me atrevería á tomar la palabra del más grande de los Evangelistas, yo diría: "Esas cosas han sido escritas, para que creáis que Jesús es el Hijo de Dios." Esta es la fe de la Iglesia. Yo la confieso en la plenitud de mi razón y de mi libertad. Yo sujeto este libro á su juicio infalible, aprobando lo que ella aprueba, rechazando lo que ella rechaza, acordándome de las palabras de Jesús: "Quien os escucha me escucha; quien os desprecia, me desprecia."

Flavigny.—Sur—Osorain. Viernes 6 de Diciembre de 1889.



LIBRO PRIMERO.

LOS ORIGENES DE JESUS.

CAPITULO I.

LOS TIEMPOS.

La vida de Cristo no forma solamente la última escena de un drama nacional que ocupa un espacio de cerca de veinte siglos,—desde Abraham hasta la destrucción del pueblo Judío,—ella llena la historia universal de la que es el centro y el hecho.

En Jesús todo termina y de El todo se deriva. Después de dos mil años, él es la personalidad más viva y la más necesaria, la más contradecida y la más invencible.

Antes de narrar su vida, es necesario examinar el estado de la humanidad, en el momento en que va á nacer Aquel que amaba llamarse el "Hijo del Hombre."¹

Cada siglo contiene un cierto número de hechos generales que le caracterizan y resumen la vida complexa. Lo mismo que no se podría juzgar á los tiempos modernos, sin señalar

¹ Mat., VIII, 20; IX, 6; XI, 10; XII, 8, 32, 40; XIII, 37, 41; XVI, 27, 28, etc.—Marc., II, 10, 18; VIII, 31; XIII, 26; XIV, 21, 62.—Luc., V, 24; VI, 5, 22; IX, 22, 26, 44, 56, 58, etc.—Juan, I, 51; III, 13, 14; VI, 27, 34, 53, etc.

en el orden social, á la Democracia y al Socialismo; en el órden político, al Militarismo y al Parlamentarismo; en el orden intelectual, á la Ciencia experimental; en el orden religioso, al Cristianismo y á la Incredulidad; lo mismo, estudiando el siglo Mesíánico, es imposible dejar de narrar cuatro grandes hechos. La Política romana, el Paganismo, la Filosofía griega y el Judaísmo. Ellos rigen y contienen todo; profundamente mezclados, reaccionan los unos sobre los otros, remueven, cada uno á su manera, las conciencias y los pueblos, y su acción providencial explica solamente el movimiento, que desde el origen, lleva á la humanidad á su destino.

¿Qué cosa es el Imperio romano? La reunión bajo un solo cetro de casi todos los pueblos de Europa, de Asia y de Africa, la fuerza más grande de conquista y de organización política que jamás ha visto el mundo.

La Grecia y la Italia, las islas y las costas del Mediterráneo, el Asia Menor y el Asia interior, la Siria y la Fenicia, el Egipto y el Africa Septentrional, la España y las Gaulas, La Germania del Danubio al Rhin: Roma todo lo venció y todo lo conquistó. Sus legiones, sus generales y sus gobernadores cubren la tierra. Las vías estratégicas partiendo del Foro radian al Norte hasta la Escocia, al Oeste hasta la Lucitania y el Océano, al Mediodía hasta más allá de la Thebaida, al Este hasta el desierto de la Arabia.

Por todas partes la autoridad del pueblo romano, su derecho, su lengua, sus costumbres. El resto del mundo, la Germania del Norte, la Armenia, el reino de los Parthos, la India y la China, la Arabia y la Etiopia, he aquí las fronteras del colosal Imperio.

Augusto reina. Concentra en su mano todas las fuerzas y todos los poderes. El es tribuno y procónsul, prefecto de las costumbres y gran sacerdote, "Imperator" en fin. Lleva un nombre reservado á los Dioses. Envía géometras para medir al mundo, censores para inventariar sus riquezas y contar sus

vasallos. Abre caminos, edifica acueductos, templos y ciudades, da á su pueblo á la saciedad, pan, juegos y fiestas.

Después de haberlo derribado todo, destruido, devorado, descansa la bestia profetizada por Daniel. En su derredor, por un momento, las naciones no sometidas, callan. El universo parece dormir bajo el ala del Aguila romana. La paz es universal. Un gran historiador refiere la gloria del más poderoso de los pueblos; dos grandes poetas la celebran, uno en odas inmortales, otro en la más armoniosa de las epopeyas.

El templo de Jano está cerrado; durante doce años el dios de la guerra no saldrá.

En esta hora de silencio en que duermen las espadas es en la que nacerá Aquel á quien los profetas han dado el nombre de "Padre de los nuevos tiempos" y el de "Pacífico."

Gran fecha para la historia humana. Jamás la potestad política había realizado una obra tan vasta. Esta unidad del todo material y administrativa, esta fusión de casi todos los pueblos del universo conocido, es un trabajo de gigante. ¡Qué arte de vencer y de anexas, de colonizar y de asimilar, de contemporizar y de orar, de organizar la victoria y de ejercer la tolerancia para mejor avasallar! Cuando Roma no pudo hacer de un Estado conquistado una provincia, ella le impuso una especie de vasallaje; en defecto de gobernadores, ella se contenta con reyes indígenas hábilmente escogidos, y esos reyes no reinan por su gracia sino para ser en su mano instrumentos de servidumbre, "*ut haberet instrumenta servitutis et reges*," dice Tácito. Por lo demás, ella exige por doquiera el tributo forzado ó voluntario; y los soberanos á los que ella permite el poder no guardan ese simulacro de independencia, sino con la condición de comprarle á peso de oro, á fuerza de presentes. El Iduméo Herodes, entre otros, el reyezuelo de Judea, conocía la codicia romana y sabía aplacarla.

Lo que Roma no puede suprimir ella le sufre, modificán-

dole. ¿No se cree ella bastante fuerte para proscribir una religión á sus vencidos, como el druidismo de las gaulas? ella "romaniza" los dioses y su levantamiento de altares que llevan un nombre galo-romano. Belén se convierte en Belén-Apolo; Camul, en Marte-Camul; Arduina, en Diana-Arduina; y si ella misma se resuelve á devastar, si ella prohíbe los sacrificios humanos, por ejemplo, ella dice á los que evita de ofender: A ese precio podréis ser ciudadanos romanos.

Gracias á ese genio político y perseverante, al cabo de siete siglos, ella llegó á edificar su prodigiosa fortuna ante la cual todo palidece: el imperio de Alejandro, las monarquías del Oriente, el Egipto y sus Faraones.

Semejante obra puede admirar al espíritu por sus resultados; ella inquieta y revuelve las conciencias por sus procederes.

¿A qué corresponde ella en la evolución humana? A esa necesidad de unidad que es una de las leyes soberanas de todo sér viviente, puesto que nada sin ella, ni en la humanidad ni en la naturaleza, vive ni engrandece. Después de siglos, llevados lejos de su cuna común, las razas y los pueblos se buscan y se llaman; por lo demás, por esclavizados que estén bajo un poder que ha llevado la centralización al exceso, hélos aquí aproximados. La esclavitud es odiosa, como la conquista y la violencia, porque ella revela el egoísmo y la ferocidad del animal humano; mas la unidad es divina, porque ella comprende á los designios providenciales. Lo que Roma, después de siete siglos de lucha, ha sabido realizar, va á ser la condición misma de una unidad más elevada, la unidad del Reino de Dios.

Las rutas estratégicas serán en lo sucesivo los caminos de los apóstoles, esos conquistadores sin espada, á quienes dirá Jesús: "Id, enseñad á todas las naciones."¹ La ley romana se humillará ante la ley del Evangelio, y á la paz que no es más que la fatiga de la opresión, sucederá la paz que es el equilibrio de la libertad dócil á Dios.

¹ Mat., XXVIII, 19.

Así va el mundo. El hombre trabaja, sin saberlo, en la obra eterna; que él obedezca á su mejor inteligencia ó se deje arrastrar por sus más violentos y depravados instintos, permanece el instrumento de Dios, y ejecuta, sin comprenderlo, los planes de los que la Providencia guarda el secreto y de los que no descubre sino muy después su ejecución, el orden poderoso, la belleza y la sabiduría profunda.

Sobre el hecho político, es preciso señalar el hecho religioso. La política se adapta á la fuerza que liga á los pueblos materialmente y por el exterior, la religión es la fuerza que los encadena espiritualmente y por la conciencia. Los Bárbaros en sus bosques; las grandes naciones, los Hindous y los Chinos detrás de sus montañas; los Parthos y los Arabes en sus vastas llanuras y sus desiertos; los Etiopes bajo su cielo de fuego, se sustraían todavía á la vez; pero ninguna raza, ningún país, ningún Estado,—con excepción del Judío,—no escapaba á los engaños del otro. Egipcios y Sirios, Fenicios y Cartagineses, Armenios y Parthos, Griegos y Romanos, Germanos y Celtas, civilizados y salvajes, Aryanos, Sémitas y Turanianos, todos, sin excepción, son arrastrados como por un torrente á las mismas aberraciones religiosas que la conciencia cristiana, cuatro siglos más tarde envolvía con la misma marca, bajo el nombre de Paganismo.

A pesar de la diversidad aparente de las teogonías y de las cosmogonías, de las mitologías y de las leyendas, de los símbolos y de los ritos, de las jerarquías y de las castas sacerdotales, los cultos paganos, en efecto, ofrecen al observador una esencia común que justifica un nombre común. Un mismo sentimiento confuso, irreflexivo de lo divino, un mismo fondo de verdades medio veladas, innatas ó hereditarias; la unidad de Dios, la inmortalidad y la vida futura, la ley y la necesidad de la expiación sangrienta, los reúnen á la eterna religión; pero por todas partes las mismas locuras corrompen el sentido divino, y por todas partes los mismos errores desfiguran la verdad religiosa.

Todos, arrastrados por un panteísmo más ó menos consciente, identificando á Dios con la naturaleza y confundiéndoles en la unidad de una misma substancia. Ellos deifican á la naturaleza y materializan á Dios. Todos desconocen la unidad transcendente de Dios, y cegados por el antropomorfismo, personifican los atributos divinos como la fuerza del universo. Todos se doblegan bajo el mismo inmutable fatalismo, ellos olvidan la ley moral y ponen la salvación no tanto en el cumplimiento del deber como en los ritos misteriosos, bizarros, inmundos ó crueles. Todos sueñan con una misma inmortalidad miserable y vana, transmigraciones y metempsychosis, con síncope final en el seno de la madrastra naturaleza ávida de crear y de destruir. Todos divinizan al hombre por el apoteosis. Todos sancionan el principio de las castas y la esclavitud, el homicidio y la depravación.

¿Hase visto jamás y se puede concebir una perversión más radical de la esencia misma de la Religión?

En efecto, ¿cuál es su papel en la conciencia y en la humanidad? Revelar á Dios, unir el hombre á Dios, arrancarle del vínculo de las pasiones y de las fuerzas terrestres que le sujetan y le materializan, ordenarle el deber como la ley misma de Dios, sostenerle en la lucha contra el mal, confortarle en el dolor, llenarle de esperanza y de fe en la eterna justicia; y, —puesto que él es culpable, —enseñarle al arrepentimiento, la expiación, y, —puesto que él debe morir, —alentarle ante la inmortalidad, enseñándole á dominar la muerte y á morir en Dios.

Pues bien, todo el Paganismo, el fetiquismo grosero de los salvajes y las religiones sabias del Egipto, las mitologías elegantes de la Grecia y el culto poderosamente organizado de la Roma imperial, —todo el Paganismo no es más que un largo ultraje á ese papel divino. En lugar de revelar á Dios, obscurece, altera y degrada la idea.

Esta potestad indecible, trascendental, superior á toda figura y á toda representación, esta potestad que solo podría, sin

empequeñecerse, traducirse ella misma, la humanidad, llevada por una imaginación sin freno, multiplica los signos. Enardecida por una especie de sensual ebriedad, ella le identifica con la naturaleza, la descompone en mil personalidades, le encarna en la materia, le hace hombre, macho y hembra, dándole los símbolos más extraños, los más fantásticos, los más grotescos y los más cénicos, copiados del cielo y de la tierra, de la flora y de la fauna, y aun de todas nuestras pasiones y de nuestros vicios. ¿Por qué ha retrocedido ella ante ese grosero realismo? Si el universo es Dios, ¿todo en el universo no es divino y sagrado? En vez de levantar el alma á Dios, el Paganismo la doblega bajo el yugo de la naturaleza, y la hace adorar lo que debería dominar, y despreciar lo que debería adorar. El destruye su comercio con lo divino, y agota, por lo mismo, la única fuente de la que el hombre bebe sin fin la verdad y la justicia, la fuerza y la esperanza, el consuelo y la vida.

La conciencia nada tiene que esperar del vano culto de este universo y de las divinidades que le llenan. Cualquiera nombre que ella invoque, ¿no es siempre la gran Naturaleza inconsciente quien la oprime por todas partes bajo el peso de sus energías que no se la enseña á dominar? ¿De qué sirven las aguas lustrales, las aspersiones sangrientas de los tauróbolos ó de los crióbolos, las hecatombes y la sangre de los toros de la gran Diosa y de los carneros de Attis? Para qué sirven esas iniciaciones en los misterios, cualesquiera que fuese su nombre ó su procedencia? ¿Los de los Cabires, de Baco y de Ceres, de Osiris ó de Mithra, en Philce, en Eleusis, en Samothracia, en Lesbos, en Creta ó en Roma? Cuando los iniciados volvían de sus ceremonias secretas, cuando conducidos por el hierofante, ceñida la cabeza con una corona de mirto y purificados por el hydrano, ellos habían revestido á la nébrida, mirado detrás del velo de los templos y el de las mitologías, ¿qué habían visto, que habían sentido en esas noches luminosas? Ellos conocían el enigma sacerdotal, ellos habían penetrado el cisto sagrado, ellos sabían que los dioses no eran más

que la naturaleza y sus fuerzas, y que el destino humano no era también más que esta naturaleza infinita, impersonal, en cuyo seno el hombre no tenía que esperar más que la absorción ó las emigraciones eternas. ¿Qué aspiración al bien podía salir de esos ayunos preparatorios que terminaban en orgías, de esas danzas sagradas que tenían siempre por objeto representar cínicamente y festejar los principios macho y hembra de la naturaleza viviente, ó de las prácticas de una theurgia sensual que pretendía apropiarse las fuerzas mismas de la creación, y que, —actualmente se ve entre los musulmanes y budhistas,— confundía la ebriedad epiléptica del sistema nervioso con el éxtasis divino?

Todas las trinitades, las de la India y de la Asiria, del Egipto y de la Fenicia, la de Grecia y de Roma, Brahma, Vishnou y Siva, Ahura-Mazda, Mithra y Crraoska, Atoum, Ra y Khéper, Amon, Bel y Ao, Júpiter, Neptuno y Pluton; todos los pares divinos, Brahma y Maya, Kem y Mout, Baal y Astarte; Baal-Amon y Tamth, Iris y Osiris, Moloch y Mylitta, Dionysios y Venus, Amor y Psyquis; todos los genios, los demonios y los héroes, todos los misterios, los Orficas, los de Baco y de Ceres, de Isis y de Mithra, las Thesmophorias de Atenas, las orgías de Samotracia, las Eleusinas y las Bacanales; todos los olimpos y todos los panteones tenían estimación: la misma fantasía en las especulaciones theogónicas y cosmogónicas, la misma crueldad y corrupción en los ritos.

¿Qué cielo aquel que pesaba entonces sobre la humanidad! El vierte sobre ella á torrentes las nieblas y la muerte; y ella, temerosa y locuela, le adora con pasión. Ningún grito de rebelión se levanta de esa masa ignorante, oprimida y abatida. La esclavitud y el vicio le placen. Los dioses se multiplican sin fin; los cultos, como cadenas siempre más pesadas, sujetan á las almas: se las ama. Ellos piden á los hombres morir y matar á sus hijos: los hombres mueren é inmolan á sus hijos; ellos exigen de las mujeres el sacrificio del pudor: las mujeres se prostituyen.

Los poetas cantan á los dioses y refieren sus odiseas fatuosas. Los filósofos buscan un sentido oculto bajo los mitos y pactan con ellos esos cultos escandalosos. Los políticos hacen del polytheismo y de sus apoteosis un instrumento de reinado. La multitud viciada aplaudía. Arrastrada por sus pontífices, ella se lanza á las fiestas, consulta los oráculos, se humilla ante sus ídolos; y, azotada por sus instintos, ya espantada, ya exaltada por sus dioses, ella prosigue, jadeante, su camino hacia la muerte.

Treinta siglos, el Paganismo ha reinado sobre la raza humana. Ese yugo temible no ha hecho más que agravarse. El es tan pesado bajo el gran pontífice Augusto, en Roma, como bajo los Faraones del Egipto y los reyes de Asirya; su genio fatal empeora con el tiempo.

El panteísmo se refina, el número de las divinidades se aumenta sin fin. Roma, la última venida de las naciones paganas, los sobrepuja por la fecundidad con la cual ella puebla su Panteón; ella cuenta sus dioses por millares. Los símbolos se velan en el fondo de los templos, reservados á los iniciados; pero ellos permanecen obscenos. Las mitologías continúan inspirando el genio de los escultores y de los poetas. Los dioses se agrupan bajo un Júpiter soberano. Al buscar la unidad en esta multitud siempre creciente de divinidades, los filósofos no la hallan mas que en el "Fatum" que encierra, como la serpiente simbólica, en un círculo inflexible, á la naturaleza entera, al hombre, al universo y á los dioses.

La superstición aumenta, los astrólogos interpretan el destino, los adivinos de la Caldea y del Oriente invaden á Roma. El cortejo de los pontífices se completa como una casta dominante de la que el Emperador deificado es el jefe. Las Saturnales y las Bacanales son más inmundas que nunca: la seguridad del Estado las hace proscribir. Si la crueldad de los ritos parece doblarse ante la dulcificación de las costumbres, si la sangre humana corre á torrentes menos oprimidos, la corrupción, en revancha, se ha empeorado. Historia lúgubre: diríase

una marea que oscila entre dos riberas malditas, el homicidio y la voluptuosidad, traqueando á la pobre raza humana á merced de Melkart y de Mylitta.

Y sin embargo, tal es el atractivo del alma humana por lo Verdadero y el Bien, que se ve sobrenadar, hasta en ese diluvio, algunas verdades y algunas virtudes. El sentimiento religioso, por extraviado que esté, subsiste. La idea de Dios, desfigurada y tergiversada, no está sin radiación. La conciencia no puede deshacerse del pensamiento ni escapar á la acción de esta fuerza misteriosa por doquiera presente, en cuyo seno todo el universo es conducido, que espanta y atrae á toda criatura. La ley moral resiste, en ciertos puntos, á todos los desbordamientos. El juramento, la justicia y la humanidad, gobiernan á más de una voluntad y honran á más de una vida. En la universal perdición, Dios se guarda de los elegidos. El tiene sus predestinados que le esperan: espíritus sinceros, corazones heridos apelan y suplican al Dios desconocido. El mal no es más que un accidente: el no sabía destruir las esencias; ahora bien, la esencia del sér humano, está, siempre y en todas partes, ávida de Dios.

Mas esos escogidos son como perlas en el fango. Dios sólo les conoce. El ojo divino de Jesús ha adivinado de lejos á todos los escogidos del porvenir. En ellos, en esos paganos de buena fe, es en los que piensa, en estas palabras profundas: "Muchos vendrán de Oriente y de Occidente y se sentarán convidados en la misma mesa de Abraham, Isaac y Jacob, mientras que los hijos del reino serán arrojados á fuera, en la noche, lejos de la luz y del festín."

¿Qué representa entonces el Paganismo en la historia de la humanidad? La fuerza política, concentrada en Roma, ha realizado la unidad material de los pueblos; mas la fuerza religiosa que se ha expresado tan desordenadamente en los cultos politeístas é idolátricos, ¿qué ha producido? ¿Un movimiento hacia adelante ó hacia atrás, un progreso ó un descenso?

¹ Mateo., VIII, 12 y paralelo.

Una ciencia arbitraria y preconcebida de la historia de las religiones ha querido ver ahí una faz regular, teniendo el medio entre el fetiquismo y el monoteísmo: el fetiquismo que, según su teoría, es el punto de partida, y el monoteísmo que es el término de la evolución religiosa. Yo no creo que haya lugar á distinguir, bajo el punto de vista religioso, entre el fetiquismo ó el animismo y los cultos politeístas. Ellos son en el fondo, de la misma esencia, puesto que todos, adorando y deificando á la naturaleza, son igualmente *physiolátricas*. El fetiquismo no es una religión, es uno de los elementos universales y esenciales de las religiones paganas. Todo pagano, el Griego y el Romano lo mismo que el negro de Tombouctou, tiene sus fetiques. El Palladium de Troya, las treinta piedras cuadradas que, en tiempo de Pausanias, rodeaban la estatua de Hermes y que el pueblo adoraba, dando á cada uno el nombre de Dios; la lanza de Marte en Roma, y todos los amuletos en todos los pueblos que trabaja el veneno del Paganismo, aun en pleno monoteísmo, no eran más que objetos visibles y maravillosos en los que se encarnaba á Dios ó á una virtud divina.

La humanidad no se desarrolla bajo el mismo plan que la naturaleza inteligente, según la ley de continuidad, y bajo el impulso de Dios siempre obedecido; ella tiene sus extravíos y sus crisis que contienen á la libertad.

Si el Paganismo fuese una ley de nuestra evolución específica, sería también una ley de nuestra evolución individual, porque el individuo al desarrollarse, reproduce las leyes de la especie; y desde entonces, á ejemplo de la humanidad, el hombre pasaría por el fetiquismo y el Paganismo; cada individuo comenzaría por tener sus manitous, después se elevaría á la fase en la que se diviniza á la naturaleza y se multiplica á los dioses. La experiencia demuestra la falsedad de semejante conclusión.

El Paganismo no es una edad normal de la humanidad, es una enfermedad, una crisis mortal, un vicio de juventud, un

contagio que, por muchos siglos, ha infestado á toda la raza,—con excepción de la pequeña tribu semita de Abraham. Todos los pueblos que han sido tocados han muerto. Todas las formas que él ha revestido se han agotado. El pasado humano no es más que una inmensa necrópolis en la que el Paganismo ha hundido á las naciones y se ha hundido á sí mismo, con sus víctimas y la turba de sus falsos dioses.

¿Por qué el hombre ha sido atacado por la ebriedad de la naturaleza? ¿Por qué su imaginación ha sido usurpada sobre los derechos de la razón y sobre la revolución primitiva? ¿Por qué en vez de discernir al Sér infinito, le ha desconocido? ¿Por qué se ha avasallado á lo que debía domeñar, y revelado contra lo que debía adorar? ¿Por qué el mal ha prevalecido? Graves cuestiones, tan misteriosas en el individuo como en la humanidad entera. Mas, cualesquiera solución que se las dé, el hecho se impone. El mundo, presa del Paganismo, es un gran enfermo condenado á muerte; el que le curará, dándole con el monoteísmo la idea vivificante de Dios, el imperio de la naturaleza y de sí mismo, él, y sólo él, será verdaderamente su libertador.

Jesús le ha libertado, y él se ha conquistado por ello un puesto sin segundo entre los más grandes de los hombres.

Nada humano podría romper á esa fatalidad que tenía á la humanidad cautiva y degradada, "pueblo caminando en las tinieblas," según la expresión de un profeta, "extraviándose y sumergiéndose. Aquellos que duden, contemplan dos siglos más tarde: los ídolos se rompen, los templos se grietean, la fe á los dioses muere; poetas y filósofos, políticos y sacerdotes se alían: ¿qué van á hacer esos sabios para conjurar la victoria de Cristo? Ellos tendrán apenas una palabra de censura para esos cultos degradantes, una protesta contra ese furor mitológico que, al multiplicar los símbolos, ha velado á Dios; desesperadamente pagamos hasta en su sin crítica filosofía, su pitagorismo, su platonismo, su evhemerismo, se esfuerzan en bus-

1 Isaías, IX, 2.

car el sentido oculto de las leyendas y de los símbolos, y encorvados bajo el viejo panteísmo, el viejo fatalismo, el viejo materialismo, la vana theurgía, se obstinan en vano contra la Luz que se levanta para iluminar y salvar, á su pesar, á la humanidad perdida.

Además de la fuerza política y de la fuerza religiosa, existe la fuerza racional.

La primera de orden social y práctico, tiende á la civilización y á la aproximación material de los hombres; la segunda, apoyada sobre el sentimiento de lo divino y de la tradición, trata de unir al hombre con Dios; la tercera, de orden íntimo y personal, no es más que el esfuerzo del sér inteligente y libre, para explicar el principio de las cosas y dirigir la vida; ella tiene su expresión en la ciencia y la filosofía. Todo pueblo, toda raza, toda civilización, llegados á cierto grado de desarrollo, tienen una filosofía, una política y una religión jerárquicas.

En el tiempo en que Roma dominaba al mundo, y el Paganismo á la humanidad, reinaba una filosofía, la filosofía helénica.

En la inmensa evolución humana, los pueblos han recibido de Dios un destino privilegiado que corresponde á su genio. El Oriente inspirado es la cuna ardiente y luminosa de las religiones; Roma, eminentemente práctica en la ciencia del derecho y del gobierno, de la política y de la acción; la Grecia, artista y curiosa, tiene el genio de las formas, de la estética y de la filosofía. De la misma manera, todos los cultos vienen del Oriente, como la ciencia del derecho sale de Roma, y la filosofía de la Grecia.

Esta última potencia,—la filosofía,—que, en la vida humana, el movimiento de las opiniones y la discusión de los espíritus, tiene un papel tan preponderante, nació en pleno mundo helénico, seis ó siete siglos antes de Jesucristo, en las riberas y en las islas del Mediterráneo, en Mileto, en Smyrna, en Efeso, en Lampsaco, en Clazomenes, en Syros, en Apollonia, en Samos, en Agrigente, en Eleas, en Abdere, en Atenas, en

Cyrene, en Stagyra, en Elis, en Citium, que reivindicán el honor de haber dado á luz á algunos de los maestros de las grandes escuelas filosóficas.

Todos los sistemas que puede construir la razón humana, en su inquieta investigación, laboriosa y frecuentemente vana, de la verdad,—el dogmatismo y el escepticismo, el materialismo y el idealismo, el sensualismo y el espiritualismo, el panteísmo y el dualismo, el naturalismo y el fatalismo, el optimismo y el pesimismo, aun el nihilismo,—todos han hallado en esta tierra de Grecia su expresión definitiva.

La Grecia, en filosofía como en las letras, la poesía y las artes, ha dado las formas típicas y realizado el Ideal. Puede igualar á sus maestros, pero no excederlos. Empédocles y Pitágoras, Sócrates, Aristóteles y Platon, Zenon y Epicuro, en su género, son tan acabados como Praxitéles y Phidias, Homero ó Pindaro, Eurípides ó Sófocles, Eschyles ó Demóstenes. Todo el que, después de esta edad creadora, ha querido filosofar, es decir, resolver el problema del valor de la razón, del principio de las cosas, del destino del hombre y de la conducta de la vida, ha debido reconocer un abuelo y un maestro entre los Jonios ó los Itálicos, entre los Eleatas ó los sofistas, en el Pórtico ó en la Academia.

Durante este período activo, tan atormentado, pero tan fecundo, los sistemas suceden á los sistemas, las escuelas derriban á las escuelas; el dynamismo de Thales y de Pherecydes hizo lugar al atomismo de Demócrito; el positivismo de Parménides á las abstracciones de Pitágoras; el dogmatismo se ve batido en brecha por el nihilismo de los sofistas, tales como Protágoras y Gorgias; Sócrates triunfa de los sofistas, y prepara el reinado de Platon y de Aristóteles; en fin, Pyrrohn renace, y Epicuro y Zenon se disputan el imperio de las conciencias. No hay un error que no tenga sus apóstoles, no hay una verdad racional que no tenga sus fieles.

Mas, en despecho de esos esfuerzos, la razón se ha mostrado siempre débil y vacilante ante ciertas verdades esenciales:

el puro deísmo, la creación de la materia, la inmortalidad y la vida futura.

El genio griego no ha escapado al panteísmo sino para rematar en el dualismo de la Inteligencia y de la Materia eterna; él jamás ha sabido demostrar que el aniquilamiento no era la última palabra del sér humano, ni ofrecer á la conciencia una sanción exterior é inquebrantable. La fe sola enseña eficazmente esas verdades necesarias, y ellas no han llegado á ser el patrimonio de todos sino por el testimonio de Jesús. La razón las demuestra, cuando la voz de Dios las afirma; la razón tiene el presentimiento, pero ella no las descubre sino lentamente, con trabajo, y ella no alcanza á dar la fórmula perfecta.

Al emigrar á Roma, la filosofía helénica sufrió, como todas las cosas, la influencia del medio. El genio positivo de la raza conquistadora, hija de Ceres y de Marte, agrícola y guerrera, no se pierde en vanas especulaciones, él se contenta con reproducir en un lenguaje elocuente y en inmortales poemas los más grandes sistemas de los maestros. Ciceron, Lucrecio, Varron. Horacio y Virgilio nada inventan, ellos repiten las doctrinas de los griegos. Más preocupados de moralizar que de dogmatizar, de vivir y de obrar que de meditar y contemplar, ellos se afectan al problema que domina toda la vida. ¿En qué consiste la felicidad y el soberano bien? ¿Qué camino puede conducir á ello?

Semejantes cuestiones no se trataban para nada en el fondo de los templos, en la celebración de los misterios y la ciencia esotérica de las castas sacerdotales. El Paganismo se contentaba con alimentar al alma de las multitudes con las fantasías de una quimérica inmortalidad y encorvarla ante esos dioses cuyas leyendas y escandalosos símbolos estimulaban á la necesidad y aun divinizaban todos los vicios.

La conciencia filosófica ha estado más elevada que la conciencia religiosa del Paganismo.

Será el honor de la razón haber cuando menos resucitado esos nobles problemas, despreciados por los cultos, y haber

hablado frecuentemente al hombre el valeroso lenguaje del deber y de la virtud. Ella está lejos de tocar las soluciones, ella mezcla á los preceptos sublimes con errores graves y numerosos; pero sería injusto desconocer los esfuerzos que ella ha intentado y al éxito que más de una vez ha recompensado á su perseverancia.

En tiempo de Augusto, los filósofos morabitas que escribían eran raros. Séneca, Epicteto y Marco-Aurelio no llegan sino más tarde; esos genios que entre todos los paganos, han enseñado mejor los deberes, parecen aguardar para regocijarse, los primeros rayos de la luz evangélica. Pero si los escritores son raros, los hombres que hacían profesión de filosofía moral eran numerosos. La acción vale más que la palabra; ahora, nunca, según el testimonio de autores contemporáneos, fué más activa la filosofía, ella entra en el periodo de proselitismo; la Grecia ha tenido la gloria de crear á la filosofía, Roma tendrá la de organizarla y de aplicarla en el mejoramiento de la vida.

¿De dónde viene, en ese siglo, á la filosofía ese carácter nuevo? ¿Por qué de ordinario tan personal é íntima, confinada en las escuelas, reservada á los discípulos, á una selecta elección, se dirige ahora á la multitud? El genio de Roma puede explicar su tendencia práctica, no basta dar cuenta de su marcha conquistadora, apostólica, casi religiosa; hay en ello un indicio profundo de la decadencia de las religiones paganas y de la insuficiencia moral de sus sacerdotes. Los sacerdotes, en efecto, son mudos; ellos no tienen respuesta al gran problema de la vida, ningún bálsamo que verter sobre las llagas de los que sufren; ellos viven satisfechos con las observaciones estériles de sus cultos y sus ceremonias pomposas, explotando la superstición del pueblo, ocultando mal su escepticismo respecto de sus pretendidos misterios.

Los sabios han tomado el lugar de los pontífices, y la filosofía ha ensayado desempeñar el papel que la religión perjudicaba.

Los sabios hacen profesión de filosofía, como los sacerdotes de religión, ellos se separan del vulgo por la costumbre; se les ve pasearse en las calles, revestidos de mantos, con la barba larga, y un bastón en la mano. Un poeta ha escrito respecto de ellos: " Parece que su cabeza domina de lo alto los vicios y los lugares donde se mueven los hombres. " 1

Ellos tienen pláticas cotidianas, predicaciones familiares; ellos moralizan y consuelan; ellos exhortan y reprimen. Las ciudades importantes tenían doctores de filosofía bien pagados por el fisco, unidos como capellanes á la casa de los grandes. Aquellos que han sido heridos por la desgracia apelan al consuelo de un sabio. 2 Augusto tiene su filósofo Areos, á quien envía á Livia para consolarla de la muerte de Drusus.

Ellos hacen prosélitos á la manera de los creyentes. El filósofo Stertinius encuentra, en las márgenes de un río, á un desdichado que, impulsado por la desesperación, va á arrojar-se en él; él le detiene, le conmueve por sus exhortaciones, le reanima y le descubre el gusto por la vida. El convertido deja crecer su barba: vede filósofo, él sigue á su salvador y maestro.

Ellos tienen sus prácticas, sus supersticiones y sus gatzmoñerías.—¿Estás bajo el peso de un deseo peligroso? Hay, dicen ellos, palabras que pueden aliviar tu mal y en gran parte libertarte.—¿El amor de la alabanza te invade el cerebro? Tal práctica saludable, tal libro leído por tres veces, según los ritos, verificará la curación.

¿A qué doctrina obedecen esos sabios y cuál es su filosofía?

Si se deja á un lado el escepticismo pirrónico que, en la decadencia de toda civilización, atrae á los desanimados; los Cínicos á ejemplo de Diógenes, exigiendo su ley á la naturaleza con todos sus instintos y vengándose, por el desprecio, de los vicios que ellos no pueden curar; si se exceptúa á la nueva Academia cuyos raros discípulos perpetúan la tradición de Pi-

1 *Credibile est illos pariter vitisque locisque Altius humani exeruisse caput.*

2 Séneca, *De consolat. Ad Marcium.*

tágoras, de Platón y de Aristóteles, no se ven más que dos grandes escuelas: la de Epicuro y la de Zenon. Ambas buscan la felicidad: la una en el deleite y la otra en la virtud; la una en el "sentir," la otra en el "querer."

Los Epicureos dicen: Toda la ciencia de ser feliz consiste en procurarse sensaciones agradables; todo exceso implica ó causa dolor; es preciso aprender á moderarse en todo, aun en el placer.

Para los verdaderos discípulos de Epicuro, la virtud misma ó la moderación no es el fin del hombre, sino el medio perfecto de gozar; todo se termina en el "yo," y en el "yo" satisface. Esto es el refinamiento en la corrupción y en el egoísmo.

Los Estoicos toman al hombre por lo que tiene de más grande.—Tú eres libre, le dicen, pues, tu señor, tu único señor. Que tu voluntad te pertenezca y aprenda á dominarse; la felicidad consiste en la soberanía de tí mismo.—¿Pero y el dolor?—El no existe.—¿Y la persecución?—¿Y la muerte?—Qué importa! Tú existes: nadie puede arrebatarte á tí mismo. Esto basta al sabio. Y así caminan esos estoicos, soberbios é indómitos, en ese mundo podrido, desafiando á la opresión y escupiendo su lengua á los tiranos que no llegan á reducirlos.

A la luz del Evangelio, se ve que una doctrina semejante, con sus aires pomposos, llena de vanidad, de ilusión y de impotencia; pero es preciso reconocerlo, tanta bravura no carece de porte, y se desea encontrar, en el seno del espantoso despotismo de Roma y de la corrupción pagana, esas voluntades de bronce, en pie, inflexibles.

La escuela de Epicuro no ha producido un héroe, ni en Grecia ni en Roma. El heroísmo que exige tan imperiosamente el sacrificio personal del individuo, frecuentemente hasta la muerte, no podía para nada florecer en esas conciencias para las cuales el "gozar" era el soberano bien. Ellos, por lo demás, agotan una de las fuentes vivas, desinteresándose del movimiento de la cosa pública, según el precepto del Maes-

tro: "Guarda tu vida."¹ Ellas no la comprenden, ejemplo esa sentencia extraña de la secta epicurea sobre Epaminondas: "Qué tenía que hacer paseándose con su ejército por todo el Peloponeso, y por qué más bien no se quedó tranquilo en su casa, con su gorrito en la cabeza, viéndose poner buena cara y tratándose bien."²

La escuela de Zenon arma al hombre contra sí mismo, le impele á desdenar el dolor y á guardar, en despecho de todo y de la misma muerte, su independencia y su libertad, arrojando así en la conciencia el germen de las virtudes viriles. Los más grandes hombres de acción en la antigüedad, Caton, Bruto y Marco-Aurelio, son estoicos.

Búsquese ahora entre los Epicureos y los Estoicos, y se hallarán bellas máximas: de moderación en los primeros y de fuerza en los segundos. Se compondría un manual edificante de casi todas las virtudes privadas y públicas: la conciencia pura, la temperancia, la dulzura, la justicia, la prudencia, el desprecio de las riquezas, la serenidad, la paz, la inflexibilidad de carácter, la amistad, la adhesión, la clemencia. Todos estos preceptos han sido formulados en un lenguaje inmortal; diríase que eran diamantes de la más hermosa agua, tallados y cincelados: estas son las joyas de la filosofía.

Si los preceptos salvaran á la conciencia, la escuela de Epicuro y la de Zenon hubieran podido curar á la humanidad. Pero una cosa es bien decir y otra el bien hacer. La filosofía frecuentemente ha excedido en la una y siempre ha sido débil en la otra. Esta impotencia que es un vicio común de las dos sectas rivales, explica la esterilidad de su proselitismo.

Epicureos y Estoicos se confunden, despues de todo, en el culto de sí mismos. El "yo" he aquí la última palabra en unos y otros. La satisfacción del "yo," he aquí el fin de todo. Pero, el "yo" en la tierra,—que se le coloca con Epicuro en el "sen-

¹ Plutarco. *Obras morales*. Si esta palabra guarda tu vida está bien dicha.

² Plutarco. *Hombres Ilustres*.

tir," ó con Zenon en el "querer,"—es presa del dolor. ¿Cómo vencer al dolor, puesto que no se le puede suprimir?

Ellos no tienen más que un recurso: la indiferencia, la voluptuosa indiferencia; ahí, en efecto, es en donde ellos hallan, el uno por la "tensión," *τενσις*, el otro por el "relajamiento," *ἀνεξις*; su refugio supremo.

Una inmensa tristeza está en el fondo de todas las almas en investigación de sabiduría filosófica, se la siente inexorable bajo la indiferencia de que ellas se cubren, ellas sucumben bajo sus ataduras, y quedan solas con su "yo" que, finalmente, se les escapa.

Al escucharles, el hombre se pertenece, él es su dueño; su vida está en sus manos y, si le place suprimirla, no tiene que dar á nadie cuenta de ello; el suicidio es un derecho, es hasta un deber, y él puede, en todo caso, ser una necesidad. El hombre tiene una ventaja sobre los dioses, decían los Estoi-cos, él puede morir. El santo de la secta, Caton, es un suicida.

Ellos carecen de lo divino. El dios que ellos llaman Naturala no vale más que el de las religiones y el de las mitologías. No es el Dios vivo y personal, es el "Fatum," ciego, mudo, inaccesible; es preciso sufrirlo, humillado y vencido, abrumado y desesperado.

¡De ahí, no obstante, es de donde se ha querido originar el Cristianismo! Como si la religión pudiera salir de la filosofía, la felicidad evangélica de la felicidad de Epicuro ó de Zenon, la ley del sacrificio de la ley del egoísmo, el Dios-Padre del Hado, la fuerza de la impotencia, la inagotable y divina esperanza de la indiferencia y de la desesperación; como si Jesús, que trajo esos bienes, esas luces, esta vida, no fuese más que un filósofo, un descendiente de alguna secta romana. No, á pesar de la filosofía y de sus perlas, el mundo antes de El no era más que una abyección; y El, el gran sembrador, ahí ha arrojado su palabra como un fermento que debía transformarlo todo y cuya inagotable vitalidad trabaja siempre en el paganismo persistente de la pobre humanidad.

¿De qué pueblo debía salir Jesucristo? Del pueblo Judío. Esta es la nación más humilde de todas; pero ella ha producido al Cristo, y ella tiene lugar, por este título, á pesar de su pequeñez, al lado y sobre el Imperio romano de las religiones paganas, de la cultura helénica, y de las más grandes potencias de la historia. Las demás naciones parecen entregadas á su propio genio y á merced de sus vicios. Israel creció bajo la elevada tutela de Dios. Separado de todos y guardado por El, él aparece en medio de las olas humanas como el arca que tenía en reserva la salvación y el porvenir. El desarrollo del reinado humano, sus transformaciones religiosas, no se explican sin el judaísmo. Jehovah, su Dios, se ha hecho el Dios de la humanidad, y su Mesías, siempre esperado y finalmente desconocido por él, el Salvador y el regenerador del mundo.

Nada más prodigioso que esa pequeña tribu semita. Ella parte, por una orden divina, de las llanuras de la Caldea, con su fe en un solo Dios, con la esperanza de ser un pueblo innumerable como las estrellas, y de ver "benditas" en Abraham su jefe "á todas las razas de la tierra." ella acampa bajo la tienda, en Canaan, y levanta altares á Jehovah cuyo nombre invoca; ella emigra á Egipto, al país de Goschen, para trabajar y crecer. La dura hospitalidad de los Faraones se cambia pronto para ella en servidumbre; ella rompe, bajo la inspiración de Moisés, el yugo que la oprime, se retira al desierto, se hace nómada y pastoril. Lejos de toda civilización, ella recibe sobre el Sinaí la ley que debe aislarla del mundo pagano. A fuerza de paciencia, de bravura y de fe, ella conquista la tierra que Dios le ha prometido, se constituye en pequeño reino independiente, hasta el día en que, sufriendo su destino, ella será arrojada, á través de los pueblos, como un polvo.

En la época en la que trazo á grandes rasgos el cuadro, Israel toca á la última edad de su vida nacional, y va á perder para siempre su independencia política.

Después de haber resistido á las divisiones intestinas más

1 Gen., XII, 3.

mortales, al destierro, á la dominación extraña de los Persas y de los Griegos, después de haber sabido reconquistar con un puñado de valientes, al cabo de cuatro siglos de esclavitud, su antigua autonomía, la Judea está hoy gobernada por Herodes, un Idumeo, creatura de César y del Senado; ella no es más que una vasalla del Imperio, y no tardará en ser absorbida por él. Entonces, como en nuestros tiempos, los pequeños Estados no pueden prometerse el día de mañana.

En particular los Saduceos, conservadores estrictos y cortesanos del poder antinacional, amigos de la paz ante todo y sacrificándole hasta la independencia del país, todos, entre los doctores, los escribas, los sacerdotes y la masa del pueblo comprenden la crisis por la que atraviesa la nación; ellos ven el abismo, pero ellos no creen, ellos no pueden creer en la catástrofe.

Esta raza vigorosa tenía tal voluntad de vivir y de llegar á ser un gran Estado, que ni los reveses, ni los desastres, ni los siglos, han abatido sus esperanzas y disipado las ilusiones de su patriotismo.

¿No es este el pueblo elegido? ¿No tiene él las promesas de su Dios? ¿El trono de David no es indestructible? ¿La sangre de los Macabeos está, pues, agotada? A medida que el horizonte se pone sombrío, la imagen ideal de su Mesías resalta más luminosa. La mala fortuna no la reduce, ella le exaspera. Al aproximarse al abismo en donde ella va á desaparecer, su fe en el triunfo final crece y se exalta. La masa de sus doctores no ha cesado, por una falsa interpretación de las Escrituras y por los diversos apocalipsis de los últimos tiempos, la de Henoch principalmente, de conservar las aberraciones más funestas sobre el porvenir y la grandeza política de Israel. Ellos materializan las profecías relativas á la era mesiánica y al Enviado de Dios que debe inaugurarla; ellos se obstinan en no ver en esta era mas que el restablecimiento de su destruido reinado; ellos sueñan con una restauración que les dará el imperio universal y se fabrican un Mesías fantástico, especie de

César divino, extendiendo sobre el mundo vencido un cetro más glorioso que el de Salomon.

La fidelidad á la ley religiosa hallaba, es cierto, en este error un punto de apoyo enérgico, porque esta fidelidad, según ellos, era la condición misma de la realización de sus locas esperanzas.—Dios es verídico, decían los maestros; su palabra no puede engañar ni faltar: "Observa su ley, y él cumplirá sus promesas que nuestros pecados y apostasías tienen en suspenso."

El mayor peligro para un pueblo es el equivocarse sobre su destino. La desviación de la conciencia nacional en el pueblo judío ha sido la primera causa de su ruina. Otro era su destino, como raza y religión, otro su destino, como Estado. No se debe confundir el judaísmo con la nación judía; el uno es una raza y una religión, el otro una forma política, un modo de ser variable de la raza y de la religión. El judaísmo subsiste todavía después de cinco mil años; la nación judía no ha vivido sino algunos siglos, desde Saul hasta el destierro de Babilonia, del año 1000, aproximadamente, al año 588. Desterrado setenta años, esclavizado dos siglos bajo los reyes persas, siglo y medio bajo la dominación greco-macedónica, ella recobra el libre gobierno bajo los príncipes de la familia de los Macabeos, mas esta resurrección no dura más que un siglo. Desde el año de 63 Pompeyo se apodera de Jerusalem. Siempre circunscritos los Romanos dan á la Judea un rey idumeo; pero ellos no esperan sino la ocasión para hacer una simple provincia del Imperio, y á fin de aniquilar más seguramente toda veleidad de independencia para con ese pueblo incoercible; en esta raza de "cerviz inflexible como una barra de hierro," según la palabra evangélica de uno de sus profetas, ¹ ellos destruyeron, bien pronto, para siempre, su capital y su templo.

La nacionalidad no es más que una fase relativamente corta en los cincuenta siglos de la historia de Israel, ella no tiene otro objeto que dar una consistencia más firme á la raza, y

¹ *Durus est tu, et nervus ferreus cervix tua. Isaías, XLVIII, 4.*

permitir una organización más completa de la religión. Obtenido el resultado, Israel puede desaparecer como reinado; aun disperso, vivirá como raza y como Iglesia.

Entre los demás pueblos de la antigüedad, el Estado y la Religión viven confundidos, se desarrollan, mueren juntos; cuando la nacionalidad cae, los dioses se van. En aquel todo es extraño; la nacionalidad puede perecer, la raza y la religión crecerán todavía, y, lejos de embarazar su destino providencial, esta destrucción no hará más que sujetarla.

El papel del judaísmo no es la conquista del mundo, todo es religioso, sacerdotal en él. El no se distingue de lo que la rodea ni por sus artes, ni por sus armas, ni por el número, ni por la ciencia; su gloria está en un dogma, en una ley moral, en una esperanza.

Dios te ha exaltado en medio de los paganos para su testigo, el apóstol de su unidad, el heraldo de su justicia y de su misericordia, el guardián de su decálogo, el foco de las esperanzas mesiánicas. Por doquiera á través del mundo, el Judío llevará el Libro que encierra esos tesoros divinos, publicará ese dogma, practicará esa ley, afirmará esta esperanza; edificará sinagogas, como un templo á su libro; vendrá á sentarse ante la ara santa en donde está depositado ese rollo sagrado; lo leerá, lo estudiará, lo comentará.

Su ciencia teológica multiplica sus centros; ella florece en pleno medio persa, como en Alejandría, en plena filosofía helénica, y en Jerusalem en donde los doctores hablan la lengua materna y conservan sin mezcla la tradición de los abuelos. Mientras que los paganos corren en tropel á sus ídolos, el Judío permanece fiel al Dios único que gobierna al mundo, á la ley que rige las conciencias y á su esperanza indomable en el héroe predicho por sus profetas.

Así, en la misma hora en que la nación toca á su fin, la raza se ha propagado; bajo el golpe de diversos acontecimientos, conducidos por la Providencia, tales como la guerra y el movimiento colonial, el destierro y la emigración espontánea, el

favor mismo de sus conquistadores, ella se ha dispersado por los cuatro ámbitos del mundo. Las colonias Judías están por doquiera, en el sur del Asia y de la Arabia, sobre todas las costas del Asia Menor, en Egipto, en Europa, en Grecia, en Italia. Ese movimiento de expansión que ha comenzado, desde el siglo diez y seis antes de Jesucristo, por la deportación y que ha tenido por teatro al Imperio de Asiria, se continúa bajo Alejandro, en el inmenso Imperio del Macedoniano; él se desarrolla bajo sus sucesores, en Siria, bajo los Seleucides, y en Egipto, bajo los Lágidos; él recibe de Roma un nuevo impulso: por lo demás, no hay una ciudad importante que no posea su colonia y su comunidad de judíos.

"Sería difícil, dice Strabon, hallar un lugar, en toda la tierra, que no haya recibido á los Judíos, y en donde no se hayan establecido poderosamente." Ellos están sobre todas las riberas del Mediterráneo, en la embocadura de todos los grandes ríos: el Nilo, el Danubio, el Tigris y el Eufrates, y, sin duda también, el Ganges, porque en sus inmigraciones hacia el Oriente, ellos han pasado las provincias del alta Asia y tocado la China y el Petchili. Lo que ellos ocupan no le abandonan jamás, y se arraigan con obstinación. Babilonia permanece el centro del período del destierro asirio; Alejandría, la de la colonización Griega, Jerusalem, el foco ardiente que atiza la esperanza de la resurrección nacional.

Al establecerse en medio de los pueblos extranjeros y paganos, el Judío no se les incorpora; él vive aislado, conserva el libre ejercicio de su culto, y guarda frecuentemente una especie de nacionalidad religiosa; paga el tributo, pero está exento del servicio militar; tiene sus jueces propios para juzgarle y regirle. Algunos toman parte en el gobierno de las ciudades, de los ejércitos ó de los Estados; pero esto es una excepción: los Judíos se entregan más gustosos al tráfico, al comercio, al negocio. Agrupados en barrios reservados, allí edifican sinagogas y proseucas, á la entrada de las ciudades, cerca de los arroyos en donde pueden entregarse á sus abluciones. Lejos

de contrariar este aislamiento, los Romanos, á ejemplo de los Lápidos, le favorecen. Augusto ordena á los gobernadores de Asia no aplicar á los Judíos las leyes severas del Imperio respecto á las reuniones y asociaciones. Le es permitido recoger el impuesto del templo y enviarle á Jerusalem, como contribución voluntaria. Ellos tienen facultad de juzgar sus debates ante un tribunal judío, más bien que romano. En cuanto al servicio militar, exigido por poco tiempo bajo Tiberio, no se trata de él respecto de ellos en el Occidente.

Esta larga tolerancia ha favorecido mucho el desarrollo y el aumento de esta raza de la que es difícil depreciar la inteligencia práctica, la firmeza, la agilidad, la sobriedad, y, según el testimonio de Tácito, el amor de dar la vida y el desprecio de la muerte. Nadie ha conocido mejor el arte de enriquecerse, porque nadie ha demostrado un sentido práctico más fino, una frugalidad más austera, un trabajo más infatigable y una voluntad más perseverante.

La preocupación del lucro que, en otras razas, sofoca las ideas superiores y seca la fuente de lo divino, no logran, en aquella, dominar ó destruir la religión.

Esos traficantes y esos comerciantes, desde los más insignificantes buhoneros y revendedores hasta los banqueros y mayores negociantes, permanecen como miembros de la comunidad, cuyo centro está en Jerusalem, y los radios de todas partes en donde se levanta una sinagoga; ellos se sienten los hijos de Abraham y llevan ese título en el mundo de los "goyim" con un registro aristocrático, como los musulmanes llevan el suyo en medio de los cristianos, de los infieles de los "giaour;" ellos tienen una adhesión inviolable á la Ley y al Libro que la contiene; ellos descansan los sábados, celebran sus ritos lejos de las miradas paganas, bajo sus proyecciones, á la sombra de sus jardines consagrados. Ellos no aceptan la mesa de las personas del país. Orgullosos de su sangre, ellos se casan en-

1 Hinc generandi amor et moriendi contemptus. Tácito, Hist. 1, V.

tre sí y sólo con mujeres de su raza. Tienen costumbres de visitar, cada año, sobre todo en las grandes fiestas, en la Pascua, en la fiesta de los Tabernáculos y de la Dedicación, la Palestina y la ciudad santa; todos deben, al menos una vez en la vida, sacrificar personalmente á Jehovah en el único lugar que les sea agradable, y envían un tributo, llamado "primicias" ú ofrendas, á fin de enriquecer el tesoro del Templo y de proveer á las necesidades de los hermanos necesitados.

Las otras razas se funden en el medio al que emigran, el Judío no tiene más que una patria, la santa Sion: el resto del mundo no es para él sino tierra extranjera; va y viene, para, se alberga, pero sin unirse con lazos muy estrechos á ese suelo profanado que desdén; y si acepta ó compra el título de ciudadano romano, es para dar una garantía más alta á su independencia, como Judío.

El Templo es su palladium sagrado, y la santa Salem, la estrella hacia la cual él se orienta para orar, como el musulmán hacia la Meca y la Kaaba.

Así es como, por su Libro y sus sinagogas, su culto y sus costumbres, su exclusivismo y su adhesión indestructible á la patria ausente, su fidelidad á la patria de los abuelos, su fraternidad y su organización poderosa, á través de los desprecios de que es objeto y las persecuciones que le asedian, en despecho de un medio que hubiera seducido y corrompido á cualquiera otra raza menos bien templada, el Judío dispuso permaneciese una comunidad religiosa, una Iglesia; desafia al paganismo, desprecia á los dioses, resiste á la cultura helénica y á las costumbres romanas, y, siempre inquebrantable en su fe, persiste en creerse destinado á dominar el mundo, desde que aparezca su Mesías.

Sin embargo, aunque él desdén al mundo pagano y esté más preocupado de defenderse contra sus influencias que de convertirle á su culto, el Judío ejerce sobre él un verdadero proselitismo. A ello se aplica con celo, perseverancia y habilidad. Se encuentran en su apostolado todas las cualidades y

defectos de su raza: flexibilidad y arte de insinuarse, astucia y codicia, orgullo de sangre é intriga.¹ Por los esclavos y manumitidos, se desliza en la casa de los más altos personajes y hasta en los palacios de los Césares. Sobre los buques de los traficantes, da la vuelta á los mares y por las costas del Mediterráneo. Por el revendedor quien, con su inventario, recorre las calles y los senderos de los arrabales, obra sobre él infimo pueblo. "Nuestras leyes, decla Philon, no sin alguna énfasis, atraen para sí á todo el mundo, á los bárbaros, á los extranjeros, á los Griegos, á los que habitan los continentes y los que habitan las islas, en Oriente, en Occidente, en Europa."

Las mujeres se convierten más fácilmente que los hombres.² Todas las de Damasco, si se debe creer á Josepho,³ habían abrazado el Judaísmo. Los hombres, y principalmente los extranjeros, cedían también, arrastrados por las ventajas de una conversión que les valía el derecho de ciudadanía, la exención del servicio militar y la facultad de casarse con las mujeres del país. La necesidad de una fe positiva, de una doctrina elevada, ha debido atraer á aquellos á quienes el paganismo había disgustado y el escepticismo desanimado.

Se distinguían dos clases de convertidos: los "prosélitos de la puerta" y los de la "justicia." Los primeros,—especie de clase intermediaria entre los paganos y los judíos, impura todavía, pero cuyo contacto no manchaba al verdadero hijo de Abraham,—no estaban obligados más que á adorar al verdadero Dios y á observar los siete preceptos noaquidos.⁴ Los segundos llegaban á ser verdaderos Judíos por la circuncisión, el bautismo de inmersión y el sacrificio; sometidos á todos los usos y á todas las leyes de la alianza divina, estaban solemnemente admitidos en la teocracia; ellos se llamaban los perfectos.

¹ Mat., XXIII, 15.

² Act., XIII, 50; XVI, 14.

³ Antig., XVIII, 3, 5.

⁴ Exod., XII, 19; Lev., XVII, 12; XXIV, 16; Ezeq., XIV, 16.

A pesar del celo de su proselitismo, el Judío no logró romper al mundo pagano. Paganismo y Judaísmo representan dos fuerzas hostiles, refractarias una de la otra.

El fariseo devoto, intransigente, tiene horror al Gentil, y el Gentil tiene en desprecio al Judío. El uno sacude el polvo de sus pies, como una mancha, cuando ha hollado una tierra pagana; el otro prodiga al circunciso el ridículo y el envilecimiento. Ciceron, "sólo veía en el judaísmo á un pueblo nacido para la servidumbre." Séneca le mira como "una nación miserable y criminal." Más amargo y más áspero, Tácito juzga "su culto insensato y despreciable," y le llamaba "la liga de la esclavitud." Entre Israel y el paganismo, hay más que una barrera, hay un abismo abierto, infranqueable. Después de seis siglos, diseminado á través de las naciones, él no ha atraído ninguno á su fe; él solamente la ha impuesto á dos pueblos vecinos: á los Idumeos bajo Juan Hyrcano, á los Itureos bajo Aristóbulo.² Su Dios, aterra más que atrae, y su ley, con sus ritos minuciosos, es un yugo más que un sostén: encadena y abruma á la conciencia, ella no la sostiene.

Evidentemente, esta raza religiosa está mejor dotada para la defección que para el ataque y la conquista; ella tiene más de cohesión que de expansión, de dureza que de flexibilidad; ella es más resistente que penetrante; tiene la fuerza, no la simpatía; es un granito: ella tiene la firmeza, pero carece de la energía soberana que asimila y transforma un medio. Su esterilidad, como potencia conquistadora, no tiene de igual más que su maravillosa indestructibilidad.

Nada, en la historia, prueba mejor la acción divina que ese pequeño pueblo, oprimido por todas partes por el paganismo universal y no soportándole jamás. En el curso de sus peregrinaciones á través de las civilizaciones más diversas, él hace algunas veces plagios á las tradiciones caldeas y asirias, á las

¹ Antig., XIII, 9, 7; XV, 7, 9.

² *Ibid.*, XIII, 11, 3, 15, 4.

doctrinas y al culto del Egipto, á la teología persa y á la filosofía griega, pero en la planta permanece el mismo.

Todo es panteísta, él no lo es; todo es idolátrico, él no lo es; todo adora á la naturaleza, él no la adora; todo es fetiquista, él no le es. En su derredor, se diviniza á los jefes y á los reyes, él no reconoce en Abraham mas que á un padre, y guarda con cuidado la tumba de Moisés quien permanece simplemente como su legislador. El mata á sus profetas; pero su palabra le domina, y la voz de esos muertos no se hace sino más elocuente sobre los que les han despreciado.

El resiste á todo: á la idolatría, á la filosofía, á la cultura helénica, á las persecuciones, á la fuerza más terrible que las demás, al tiempo y hasta á su propio Mesías. Puede decir de él que, si no ha sido convertido ni pervertido, y si nada tiene de transformado, él ha debido cuando menos todo conservado.

Este era un papel providencial.

En medio de esa lasitud, de ese disgusto que enervó al mundo antiguo, una inmensa esperanza siempre ha henchido al pecho de ese pueblo, solamente él ha creído en la redención humana, solamente, por un prodigio racionalmente inexplicable, ha colocado para lo futuro la edad de oro, que todos los pueblos sitúan en lo pasado. Merced al judaísmo, la idea de Dios siempre ha lucido sobre la tierra llena de tinieblas, y su acción siempre ha sido visible á través de las extravagancias del hombre. De una sangre judía, fecundada por el Espíritu, es de la que ha nacido el sér cuyo nombre es Salvador, el sér que ha realizado el ideal de los profetas y arrancado al alma humana del abismo sin fondo de errores y de vicios del que hace siglos, ella rodaba vencida, desesperada.

La imperfección y las faltas del hombre, sus ilusiones y su estrechez de espíritu, dejan siempre su huella en la obra grandiosa de Dios.

Los judíos, en masa, han hecho traición á su destino: ellos mezclan á la gran idea del Dios único el exclusivismo más ferroz; ellos sofocan la alta moral mosaica, por las observancias y

ritos del todo materiales; ellos alojan las esperanzas mesiánicas al nivel de sus preocupaciones de raza, de nacionalidad y de religión. Parece que Jehovah, el único, el verdadero Dios, es Dios sólo de ellos; la ley ritual y ceremonial, la condición necesaria universal, de salvación; y su Mesías esperado, el gran conquistador que va á vengarles finalmente de su larga opresión.

Esas preocupaciones de tal manera habían cegado y endurecido la conciencia popular, que el judaísmo, desterrado por la Providencia á preparar las vías al Mesías, se convirtió en el mayor obstáculo á la obra mesiánica. Pero, como el paganismo tiene sus elegidos que han escapado al contagio universal, el judaísmo tiene sus fieles,—pequeño rebaño desconocido, extraño á las aberraciones de los doctores, de los sacerdotes y del pueblo, guardando en silencio las esperanzas de Dios.

Los documentos evangélicos presentan plena luz sobre esta porción reservada de la nación, sobre esos "verdaderos israelitas sin astucia,"¹ entre los que Dios debía elegir los instrumentos de su obra. Algunos tipos tomados de grupos diferentes son dibujados con un trazo sobrio, pero preciso, firme y profundo. El anciano sacerdote Zacarías, los pastores de Beit-Saour, el anciano Simeón, Ana la profetisa, nos dejan adivinar que, en el medio sacerdotal, todas las conciencias no están falseadas y petrificadas por la casuística de las Escrituras, que, en la sociedad elevada é instruída de Jerusalem, y hasta en la clase popular, sobre todo entre las mujeres, la piedad animaba al culto, é inspiraba á más de un corazón súplicas ardientes, implorando á grandes gritos la misericordia de Dios sobre su pueblo y la venida del verdadero libertador.

Tales eran los elementos en fusión en la humanidad, en el octavo siglo de Roma, en medio de la 192 Olimpiada y, según los Judíos, al fin del cuarto milenario de la creación.

Esto fué, según la primera palabra salida de los labios de

¹ Juan, 1-47.

Jesús, "la plenitud de los tiempos." El Imperio, el Paganismo, la Filosofía, el Judaísmo oficial, todas las fuerzas humanas han cumplido su evolución. El mundo se muere, avasallado por la política moderna, degradado y desesperado por las falsas religiones, pidiendo vanamente á los filósofos el secreto de la vida y de la virtud. El mismo Judaísmo agoniza, infiel á su destino.

Jamás hubo momento más crítico. Pero Dios vela, y en su pueblo elegido los humildes oran, ellos esperan.

Fuera del Judaísmo, una vaga esperanza atestiguada por los poetas, los historiadores, los libros sibilinos, palpita y tiene al mundo en suspenso: es el presentimiento que anuncia todos los grandes acontecimientos de la historia.

Jesús va á nacer.



CAPITULO II.

LOS ORÍGENES DE JESÚS.—SU CONCEPCIÓN.

El origen de Jesús no es semejante al nuestro.

El no ha nacido como nosotros "de la mezcla de las sangres, ni de un instinto carnal, ni de una voluntad de hombre;"¹ trayendo á la humanidad el secreto y el poder de renacer en el Espíritu, él ha nacido de la mujer y del Espíritu de Dios.

El Espíritu de Dios es la fuerza soberana. El ordena la evolución general y preside al movimiento ordenado, progresivo del universo. Ahora, como él ha intervenido en el caos y la materia para producir el sér que siente, en la animalidad para producir al sér que piensa, él va á intervenir en el sér que piensa para que "la Tierra dé su fruto"² y que la humanidad vea "germinar al Salvador, al Santo, al Hijo de Dios."³

El resultado de la intervención divina no era más que una criatura; esta vez, el resultado está á la altura del infinito.

¹ Juan, 1-73.

² Salmo LXVI.

³ Lúcas, 1, 35.